

SECCION II

Tumores hidatídicos del hígado

Los tumores hidatídicos, como los cancerosos, son más comunes y frecuentes en el hígado que en los demás órganos. Estos tumores constan de un saco particular, tapizado de una membrana delgada ó quiste lleno de un líquido que ordinariamente es incoloro y límpido como el agua más pura. En algunos casos, cuando no se apura demasiado el exámen, no se observa otra cosa; pero, en general, en el líquido de las hidátides humanas nadan en número bastante variable (á veces hasta algunos centenares) vejiguitas globulosas ó quistes iguales á los que tapizan el saco, y cuyas dimensiones varían desde las de un guisante pequeño á las de una nuez. Laennec dió á estos quistes el nombre de *acefalocistos*, del griego ἀκέφαλη κύστις, vejiga sin cabeza. El *saco*, que parece constituido por tejido hepático denso y restos de vasos obstruidos, ofrece siempre los mismos caracteres, tanto cuando contiene solamente el quiste, como cuando encierra muchos acefalocistos.

El espesor del saco varía según el volumen, la edad del tumor y hasta el grado de resistencia que ha encontrado al desarrollarse. En los tumores pequeños y recientes es delgado; pero, en los grandes y antiguos, la densidad de sus paredes puede ser hasta de 4 y 5 líneas. El saco es entonces blanco, duro como cartilago y divisible con toda facilidad en laminillas. El tejido periférico se le adhiere muy tenazmente, y, una vez separado, el saco permanece colgado hácia la fisura transversal mediante algunas hebras de tejido fibroso (restos de vasos obstruidos) que van á perderse en las mismas paredes del saco. Su superficie interna es de ordinario áspera y corroida, y á menudo ofrece puntos amarillentos que á simple vista se asemejan á los que tan frecuentemente se observan en la cara interna de las arterias. La vejiga mem-

branosa ó el acefalocisto, que no deja nunca de tapizar el interior del saco, no está adherido, y se le puede sacar con unas pinzas. Sus paredes son muy friables, de la consistencia de la clara de huevo cocida, y están compuestas de hojas delgadísimas. Sin embargo, las capas son tan delgadas, que, no sólo no se ven á simple vista, sino tampoco con el auxilio de un microscopio de poco aumento. La fertilidad de los acefalocistos, si se le puede aplicar este término, está sujeta á muchísimas variaciones. A veces—y tal sucede casi siempre en las hidátides que se encuentran en los animales de la clase inferior,—los quistes que revisten el saco no contienen ninguna hidátide flotante: en otros casos, aunque el quiste sea antiguo, se encuentran muy pocas, ocho ó diez; mientras que, en ocasiones, se encuentran á montones estas vejiguitas, las cuales, como hemos dicho, pueden contener otra generación. Cuando estos acefalocistos flotantes tienen espacio suficiente para moverse, su forma es globulosa ó esferoidal; pero, cuando están adosados unos á otros, su mutua presión les hace variar de forma. Las hidátides flotantes tienen una superficie lustrosa, y están compuestas de hojas delgadísimas: vistas al microscopio, aun de gran aumento, no presentan vasos ni estructura de ninguna clase. Su membrana es elástica, y si, una vez pinchada, se comprime, da salida al líquido que contiene; cede y se rompe pronto bajo el dedo que la comprime, á la manera de la clara de huevo cocida. Las capas internas son más blandas que las externas, y á veces, después de la muerte, se trasforman en copos que enturbian el líquido. La membrana de los acefalocistos consta de una sustancia que se asemeja mucho á la albúmina. En algunos de los acefalocistos conservados en el Museo del Real Colegio se descubren, mediante el microscopio, muchos cristales ó masas amorfas solubles en el ácido acético, y compuestas, al parecer, de fosfato cálcico. El líquido de los acefalocistos es del peso específico de 1.008 á 1.013 próximamente: de los ensayos hechos con el papel de tornasol aparece neutro ó ligeramente alcalino, y tiene un sabor salado. Contiene gran cantidad de sal común, en proporción mucho más pequeña, empero, que la materia extractiva animal, la cual no tiene forma definida; además, algunos vestigios de otra materia salina, probablemente todas las sales de la sangre que no están combinadas con su albúmina. De ésta se encuentra poco ó ningún vestigio, como igualmente de fosfatos. Nada se ve al microscopio; mas, cuando se deja evaporar lentamente en un recipiente de cristal una gota de este líquido, se forman cristales microscópicos de cloruro sódico, muy elegantes é incoloros.

Mucho tiempo se ha discutido entre los patólogos sobre la naturaleza y origen de las hidátides. Algunos creyeron que los acefalocistos eran verdaderos parásitos dotados de vida independiente, cuya propagación se verificaba mediante gérmenes introducidos en el organismo.

Otros supusieron que las hidátides resultaban de la nutrición perversa de algunos de los constituyentes normales del cuerpo. Esta última teoría fué ilustrada hace bastantes años por nuestros anatómicos más distinguidos (1), quienes dijeron que las hidátides no eran otra cosa que células nucleadas desmesuradamente grandes, las cuales tienen parte importante en la nutrición y desarrollo de todos los cuerpos organizados. Creo que esta cuestión la resolvieron los interesantes descubrimientos del Dr. Livois, según los cuales los acefalocistos son la estancia de los animales microscópicos llamados por Rudolphi, á causa de la corona de ganchos que rodea su cabeza, *echinococcus*. Ya de antiguo se advertía que, de vez en cuando, se encontraban los equinococos en número infinito en los acefalocistos; mas estos casos se consideraron como *excepcionales*, y los equinococos como parásitos de las hidátides. El Sr. Livois (2), en vista de sus investigaciones, declaró que estos insectos se encuentran en todos los acefalocistos.

Dicho señor dice que ha visto más de 800 hidátides, parte en el hombre y parte en los animales; y que en todas ha encontrado estos parásitos. Inmediatamente después de la publicación de la obra del Dr. Livois abrí yo siete preparaciones de hidátides, que hacía muchos años se conservaban en alcohol en el Museo del Real Colegio, asistiendo el Dr. Busk al examen que de estas hidátides hice. En cinco se encontraron los equinococos, ó sus restos, en los acefalocistos. En una de estas preparaciones, en que los acefalocistos estaban en gran parte marchitos, no se descubrió otra cosa que los ganchos de los equinococos, los cuales, á guisa de los dientes y huesos de los animales superiores, permanecían intactos en medio de la destrucción de los demás tejidos. En dos de las susodichas preparaciones no se encontraron equinococos, mas su falta se explicaba suficientemente por el estado de los acefalocistos: una de estas preparaciones, si contuvo hidátides, debieron ser expulsadas, rotas y estropeadas; la otra sólo contenía un voluminoso acefalocisto destruido. La falta de equinococos en estos dos casos se explica, al parecer, admitiendo que estos parásitos se escaparon por la rotura y destrucción del quiste, ó también que desaparecieron al lavarlos, porque, de los muchísimos reconocimientos que de tumores hidatídicos he hecho en el hígado de las ovejas, sólo una ó dos veces me han faltado éstos (3). Cuando se abre un acefalocisto reciente, su superficie

(1) Véase *Owen's Lectures on the Comparative Anatomy and Physiology of the Invertebrate animals*, pág. 44.

(2) *Recherches sur les Echinocoques chez l'homme et chez les animaux*.—Paris, 1843.

(3) Después de la publicación de las susodichas investigaciones, obtuvieron las del Dr. Livois tal confirmación de los estudios de otros naturalistas, que

interna se presenta cubierta de partículas blancas y opacas, visibles apenas á simple vista, y semejantes á huevos pequeñísimos de peces. Estas partículas de ordinario no se adhieren al quiste, por lo cual, con un ligero movimiento del líquido, se desprenden. A veces, una gran cantidad de estos corpúsculos sale con el líquido cuando se abre el quiste.

El equinococo es un animalito trasparente é incoloro, de figura oval y que, observado al microscopio, tiene dos distintos contornos, como aparece en la figura 14. El extremo anterior (*a*) tiene una depresión ó fisura, á la cual sigue un conducto distinto ó boca que conduce á una corona de ganchillos situados en el interior del cuerpo, más inmediatos, empero, al extremo posterior que al anterior: (*c*) representa uno de los ganchos ó dientes muy agrandado, igual á los de los cisticercos: también el extremo posterior (*b*) ofrece una ligera depresión, en la cual se descubre á veces un pedúnculo fibroso. Este animalículo está

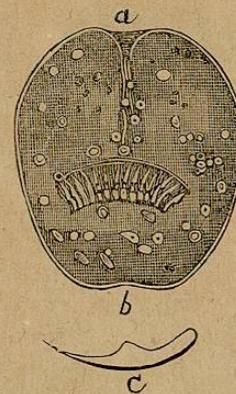


Fig. 14.

atestado de cuerpos globulares que, al refringir fuertemente la luz, presentan, vistos al microscopio, un contorno oscuro bastante marcado con un punto lustroso en el centro.

Estos corpúsculos radican, al parecer, en la membrana de que está compuesto el cuerpo del animalito, ó más bien entre la membrana externa y un cuerpo sólido interno: al microscopio son bastante visibles algunos de estos corpúsculos, y otros, en cambio, poco, como si se encontrasen á diferente distancia del objetivo. La descomposición inci-

al presente se tiene por hecho raro el encontrar hidátides privadas de equinococos.

piente es causa de que la corona de los ganchillos se alargue, y el animal entónces presenta la forma representada en la figura 15.

Es probable que el animal, cuando vivo, pueda alargar el cuerpo; pero, si se examina aún fresco, casi constantemente se ve retraída en el interior del cuerpo la corona de ganchillos. Muchos escritores que han descrito los equinococos aseguran que, cuando la cabeza está alargada, se pueden ver cuatro chupadores por debajo de la corona de los ganchos, cosa que nunca he podido observar en los numerosos casos en que los he buscado, tanto en hidátides humanas como en hidátides de ovejas. Junto con los equinococos ahora descritos, se encuentran generalmente otros cuerpos, de la mitad poco más ó ménos de su tamaño, y no, como ellos, de forma regular oval: además, su contorno no es doble, y se observa una masa confusa de granulitos, sin uno sólo de los glóbulos marcados que se distinguen en los mayores. El cuerpo es amari-

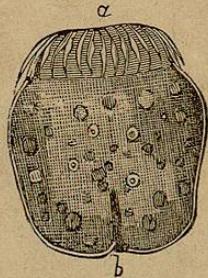


Fig. 15.

lento y opaco, á diferencia de los primeros y más voluminosos, que son incoloros y transparentes, y la corona de los ganchos es visible, sí, pero muy confusamente.

Es probable que estos insectos más pequeños sean también equinococos, pero en vías de desarrollo. En algunas hidátides, los equinococos se presentan en forma de granos blancos, depositados en la cara interna del quiste, y no pueden reconocerse á simple vista, pero llegan á hacerse aparentes cuando se reconoce al microscopio una porción del quiste. Laennec observó que, en tales circunstancias, dichos equinococos se encuentran aglomerados en pequeñas masas, en número de siete á ocho, unidas entre sí, en el interior de los quistes, por un fluido viscoso y una hebra membranosa que parte de la extremidad posterior de cada animalillo. Esta observación ha sido plenamente confirmada por Müller, quien dice haber descubierto una apariencia semejante en algunas hidátides que salieron por la uretra de un hombre, y que, al parecer, procedían de los riñones. En cambio, el Sr. Livois asegura

no haber visto nunca equinococos adheridos entre sí, y hasta llega á poner en duda las observaciones de Laennec y de Müller. En la primavera de 1844, el Dr. Busk vió y me enseñó algunos equinococos aglomerados y unidos entre sí del mismo modo en un tumor hidatídico de una oveja, que examinó detenidamente en mi presencia. Los animalillos estaban reunidos en pequeñas masas globulares, y éstas se hallaban envueltas por una finísima membrana y adheridas á la hidátide por medio de un pedúnculo fibroso, corto é indistinto, como se ve en la figura 16: (a) representa un pedazo de hidátide, (c) uno de los cuerpos globulares, destruido en parte, y en el cual cada animalillo tiene un pedículo distinto.

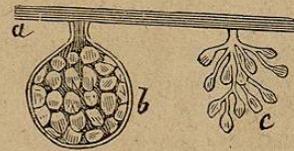


Fig. 16.

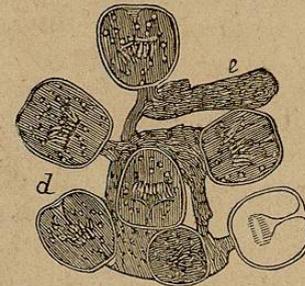


Fig. 17.

La figura 17 representa una porción de estas masas, considerablemente engrosada, y demuestra claramente la conexión que existe entre los equinococos. En cada masa se ven animalillos de las dos especies (d, e), descritas por nosotros (1).

Ahora cabe preguntar: ¿qué relación tienen estos animales con los acefalocistos? Indudablemente existe una relación bastante íntima entre ellos, y los primeros entran en la formación de los tumores hidatídicos. En los hígados de las ovejas infestadas de hidátides se observan muchos puntos perlados, muy pequeños, pues á simple vista no pueden reconocerse como hidátides, si bien á veces se ven equinococos tan gruesos y perfectos como los contenidos en las hidátides volumi-

(1) Debemos los grabados anteriores al Dr. Busk, con el cual hicimos repetidas observaciones hace algunos años. El Dr. Busk publicó después sus *Observaciones sobre la historia natural de los equinococos* en *The Transactions of the Microscopical Society*, vol. II, Parte I. Asimismo es muy interesante un concienzudo escrito *Sobre la estructura y el desarrollo de los equinococos*, del señor Erasmo Wilson, publicado en las *Transacciones medico-quirúrgicas* del año 1845.

nosas. Podría suponerse que los acefalocistos son puramente el nido de los equinococos, y que se forman á expensas de dichos insectillos. Pero, siendo esto así, ¿cómo se explica que algunas hidátides contengan muchos acefalocistos flotantes, mientras que otras de igual volumen y llenas también de equinococos no contienen uno sólo? Por otra parte, ¿cómo es que los tumores hidatídicos existentes en las ovejas, los cuales están habitados por equinococos, al parecer iguales á los del hombre, no contienen nunca acefalocistos flotantes?

El saco que encierra los acefalocistos, no sólo aumenta de espesor, según el volumen y fecha del tumor, como ántes hemos dicho, sino que, además, sufre otros cambios. Con frecuencia se deposita materia calcárea en sus paredes (fosfato de cal con indicios de carbonato), la cual constituye chapas óseas semejantes á las que se observan tapizando las arterias en una edad avanzada. Este depósito de sustancia calcárea en las paredes del saco y su fácil separación en láminas constituyen caracteres bastante distintivos y diferenciales entre el saco de una hidátide hepática y el quiste de un absceso hepático. En realidad, aunque un absceso del hígado sea antiguo y grueso, el quiste que le cubre se compone siempre de un tejido fibroso denso, que no se separa en láminas ni se halla tapizado por un depósito calcáreo. Por el contrario, el saco de una hidátide puede dividirse fácilmente en diversas capas, y, aunque sea voluminoso y de fecha antigua, casi siempre se halla revestido de chapas óseas y de materia calcárea granular; algunas veces esta sustancia llega á ser tan abundante, que todo el saco se halla convertido en un quiste óseo. En el Museo del Real Colegio (Prep. 332) se conserva un hígado que contiene tres gruesos quistes hidatídicos, cuyas paredes sufrieron dicha degeneración. Parece probable que este depósito térreo sea más frecuente en las personas de edad avanzada.

Hace algún tiempo, un alumno del Real Colegio me presentó un hígado que contenía un tumor hidatídico osificado, recogido en una mujer muerta en una casa de labor de Londres, y cuyo cadáver fué cedido para la autopsia.

En *The Edinburgh Medical and Surgical Journal* de Octubre de 1835, página 286, se encuentra el caso de una señora de setenta y tres años, en cuyo hígado se hallaron dos tumores hidatídicos que tenían un saco casi enteramente óseo y llenos de una materia gelatinosa densa y de un número infinito de hidátides. Por la historia de los síntomas pudo deducirse que aquellos tumores existían desde el octavo año de vida de la enferma.

Cruveilhier ha observado que la superficie interna del saco así revestida de chapas óseas se parece muchísimo á un aneurisma privado de grumos y sin rotura de las paredes arteriales.

Tanto las paredes del saco hidatídico, como las de un aneurisma, pueden ulcerarse á consecuencia de la distensión, ó bien, á causa de la materia que en ellas se va acumulando, dilatarse y dar origen á otros sacos dependientes del saco primitivo. En ocasiones, el proceso de ulceración hace que el saco se abra en la vesícula ó en cualquier conducto biliar.

Estos cambios parecen la consecuencia natural de la organización del saco, porque se observan tanto en las hidátides del hígado como en las del bazo. Con todo, en algunos casos sobrevienen otros cambios, producidos por la inflamación desarrollada en el interior del saco ó en el tejido periférico. Un tumor hidatídico, y casi todos los tumores recientes de esta especie, cuando se encuentran, por decirlo así, en estado normal, no presentan ningún indicio de inflamación en su saco, y el tejido periférico ofrece su estructura normal, ó, cuando más, se observan tan sólo los cambios dependientes de la *compresion*; pero al cabo de algún tiempo se desarrolla un proceso de inflamación adhesiva alrededor del saco, se extravasa la linfa, y ésta une el punto saliente del saco á las partes con las cuales se pone en contacto, como el diafragma, las paredes abdominales y los intestinos. Estos tumores del hígado, prominentes en su superficie y de fecha antigua, suelen estar unidos á las partes contiguas por medio de falsas membranas.

Otro efecto frecuente y mucho más grave es producido por la inflamación supurativa de la superficie interna del saco, la cual es capaz de convertirle en un absceso. Andral, Cruveilhier y otros muchos autores que han publicado una serie de casos de hidátides hepáticas refieren varios ejemplos de esta índole. También hay esparcidas en las publicaciones médicas gran número de observaciones: yo he tenido ocasión de observar dos casos.

En tales circunstancias, el saco hidatídico contiene pus y fragmentos de hidátides. Si el paciente muere inmediatamente después de desarrollarse la supuración, algunas veces se encuentran todavía hidátides enteras y llenas de un líquido perfectamente trasparente, aunque el humor en que nadan sea puriforme. Los acefalocistos que sobrenadan no están alimentados por vasos sanguíneos, siendo ineptos para formar pus, y, por lo tanto, éste procede en todos estos casos de las paredes del saco. Si el paciente ha muerto algún tiempo después de ocurrir la supuración del saco, será difícil, en ocasiones, distinguir y reconocer los fragmentos de hidátides; pero la naturaleza del tumor se hará evidente por el carácter del saco, que difiere bastante del quiste de un absceso hepático común; además, el primero no se adhiere tan tenazmente al tejido hepático, se puede dividir fácilmente en capas, y á menudo se ven en sus paredes chapas ó gránulos de materia calcárea.

Cruveilhier ha hecho una observación de bastante interés, y es la

siguiente: mientras el fluido de los quistes hidatídicos normales es trasparente é incoloro, el contenido en los tumores hidatídicos del hígado que han supurado está casi siempre más ó ménos teñido de bilis. Dicho autor cree que la causa más comun de la inflamacion supurativa del saco hidatídico es la entrada de la bilis por la ulceracion de cualquier conducto hepático que corra entre las tunicas del saco.

Creo que no debe ponerse en duda esta opinion. El color verdoso de las materias contenidas en el saco no puede atribuirse más que á la presencia de bilis, toda vez que nunca se observa dicho color en los tumores hidatídicos de otras partes del cuerpo; además, la bilis (causa frecuente de inflamacion de las membranas serosas cuando se pone en contacto con ellas) basta para determinar un proceso supurativo de la superficie interna del saco; circunstancia que explica la mayor frecuencia de la supuracion en las hidátides hepáticas que en los demas órganos. Sin embargo, existen otras causas capaces de determinar la supuracion del saco hidatídico. En la primavera del año 1850, una mujer que habia permanecido bastante tiempo en mi Clínica del Hospital del Real Colegio, murió con una enorme hidátide llena de otras pequeñas y de un líquido purulento, pero no teñido por la bilis. Andral refiere un caso de la misma índole (*Clínica Médica*, IV, p. 485), en el cual la supuracion del saco sobrevino sin causa conocida, conteniendo aquella cavidad un pus blanco, cremoso. El propio autor cita otro caso (*Clínica Médica*, II, p. 408), en el cual un saco hidatídico del pulmón contenía pus, mientras que los acefalocistos que nadaban en él encerraban un fluido trasparente. Cruveilhier asegura (1) haber encontrado pus y fragmentos de hidátides en un tumor hidatídico del bazo (2).

Es muy raro que en los tumores recientes sobrevenga la inflamacion, tante adhesiva como supurativa, por dentro ó por fuera del saco hidatídico. En las hidátides de las ovejas casi nunca se encuentran indicios de inflamacion, siendo la vida de estos animales, cuando se les domestica, de breve duracion.

En ocasiones se encuentran hidátides hepáticas llenas de una sustancia semejante al mastic de los vidrieros ó al yeso, con fragmentos de hidátides muertas. Esta materia, que puede acumularse, bien entre el saco y los acefalocistos de que se halla tapizado, bien en los mismos

(1) *Dict. de Med. et Chirurgie pratiques*, art. *Acefalocistos*, p. 241.

(2) El proceso supurativo del saco puede explicarse en algunos casos admitiendo que una parte del saco próxima al órgano llega á ulcerarse, por lo cual una porcion del líquido contenido al principio en el tumor, extendiéndose por el tejido areolar vecino, desarrolla un trabajo de inflamacion supurativa, que tambien sobreviene en la superficie interna del saco por la entrada en él del pus procedente del foco externo.

acefalocistos, se compone principalmente de fosfato cálcico y de materia animal parecida á la albúmina: además, puede contener cierta cantidad de carbonato cálcico, y, si no en todos los casos, al ménos en algunos, una pequeña cantidad de colessterina. Yo he observado tres casos de esta índole, y Cruveilhier refiere algunos más: este último autor dice que la secrecion de una materia densa por la superficie interna del saco puede ser uno de los medios de curacion de un tumor hidatídico. Un tumor que contenga dicha materia ofrece generalmente tal aspecto, que hace creer que en época anterior fué más voluminoso. En estos tumores no se observa, á veces, nada que pueda considerarse como un fragmento de hidátide, y la naturaleza del tumor sólo puede averiguarse por los caracteres especiales del saco. Estos cambios suelen observarse tambien en las materias contenidas en las hidátides de los demas órganos. Cruveilhier cita un caso (*Anatomía Patológica*, libro xxxv, lám. 1), en el cual un saco hidatídico del bazo contenía una materia semejante al yeso ó al queso, mientras que otro análogo del hígado estaba lleno de pus. Dicho señor supone que la secrecion de esta materia es debida á la muerte de las hidátides; pero yo creo más probable que esta secrecion preceda y sea la causa de la destruccion de las hidátides y de los animalillos microscópicos que éstas contienen.

Otra causa de mayor peligro á que pueden dar origen las hidátides del hígado es su rotura, bien sea producida por golpes ó compresion accidental, bien por ulceracion, con lo cual se derraman en la cavidad del peritoneo las materias contenidas en la hidátide. Si recordamos la naturaleza y los caracteres del líquido contenido en los quistes hidatídicos, parece que la rotura de estas vesículas y la caída del líquido en la cavidad peritoneal no debería desarrollar inflamacion ni producir gran peligro; pero la experiencia ha demostrado lo contrario. El fluido del quiste hidatídico, aunque trasparente é incoloro como el agua más pura, es siempre un agente irritante para el peritoneo, que se inflama extraordinariamente. Cruveilhier supone que la inflamacion peritoneal resulta de la irritacion *mecánica* determinada en la superficie de dicha serosa por cualquiera hidátide que haya salido del saco; pero el mismo efecto sigue á la rotura de un quiste hidatídico *solitario*. La rotura de una hidátide, contenga ó no otras, y aún cuando sólo se derrame líquido en la cavidad peritoneal, es causa de una peritonitis intensa, capaz de producir la muerte con la misma rapidez que cuando se rompe la vesícula biliar ó se abre un absceso hepático.

Cruveilhier, en el artículo ántes citado (*Dict. de Med. et Chir. pratiques*, art. *Acefalocisto*), refiere cuatro casos, recogidos en diversos hospitales (*obs.* 6, 7, 8 y 9), en los cuales los enfermos murieron rápidamente, con síntomas de peritonitis por perforacion intestinal, á consecuencia de la rotura accidental de una hidátide hepática. El Dr. César Hawkins re-

fiere otros dos de la misma especie en el tomo XVIII de *The Transactions medico-chirurgical*, etc., págs. 124 y 126. El saco, en tres de estos seis casos (*Cruveilhier*, obs. 6, 8 y 9) contenía muchas hidátides; en los tres restantes había un acefalocisto solitario, y en la cavidad peritoneal no se encontraba más que el líquido y los equinococos. De estos hechos y de otros análogos puede deducirse que, al abrirse un tumor hidatídico en el peritoneo, existe gran peligro de muerte, y aún de muerte repentina, lo mismo que cuando es producida por la rotura de un absceso hepático ó una perforación del estómago ó de los intestinos.

El saco puede además ulcerarse y abrirse por una de sus partes, que profundiza en la sustancia hepática, y en tales circunstancias el líquido de la hidátide se difunde por el tejido periférico, que sufre inmediatamente la inflamación supurativa y la desorganización. En un capítulo anterior nos hemos ocupado de un caso en el cual pareció que el líquido de un quiste hidatídico, á consecuencia de una lesión de este último, había sido absorbido, dando lugar á abscesos diseminados en la sustancia hepática. El proceso supurativo, en este caso, comienza por el centro de los lóbulos, y parece probable que resulte de las tentativas hechas por las células secretoras para eliminar la materia nociva. El Sr. Hawkins, en el artículo antes citado, refiere algunos casos en los cuales el líquido procedente de los quistes hidatídicos de las mamas ó de otras partes obraba sobre los tejidos de aquellas regiones como un poderoso irritante, determinando escaras y ulceraciones fungosas. Todos estos hechos y otros muchos que podríamos citar, aunque á la ligera, demuestran que el líquido de un quiste hidatídico, aunque sea claro é incoloro y ofrezca una composición sencilla, al parecer, tiene una acción muy irritante sobre muchos de nuestros tejidos.

Un punto de bastante interés en la historia de las hidátides hepáticas es que muchas veces se encuentra en un mismo individuo más de una; por lo general, el hígado contiene dos tumores hidatídicos, y otras veces tres ó más. Se ha observado que, en dichos casos, cada tumor no contiene generalmente más que un solo acefalocisto. Pero no es raro que, á la vez que el tumor hidatídico solitario del hígado, exista otro en el lóbulo inferior de un pulmón, ó uno en cada lóbulo inferior de ambos pulmones.

El Dr. Hawkins, en su artículo publicado en el vol. XVIII de *The Transactions medico-chirurgical*, refiere un caso de esta índole, en el cual existía una hidátide solitaria en el hígado, y otras dos en los pulmones, una en cada lóbulo inferior.

Cruveilhier (*op. cit.*, pág. 245) refiere otro ejemplo en el cual el hígado ofrecía numerosas hidátides, y al mismo tiempo los lóbulos inferiores de ambos pulmones contenían una enorme hidátide solitaria.

Andral (*Clin. Méd.*, II, pág. 408) recuerda un caso en el cual se en-

contró una hidátide solitaria del hígado, y otra en el lóbulo inferior del pulmón izquierdo.

Por mi parte, debo al Dr. Watts, de Manchester, algunos detalles referentes á un enfermo á quien tuve ocasión de asistir, y en cuyo hígado se encontró una hidátide solitaria y otra en el lóbulo inferior izquierdo.

El sujeto, dependiente de comercio, de cuarenta y siete años, había gozado siempre de buena salud hasta comenzar el año 1842, en cuya época principió á sentir dispepsia, dolor de estómago y en la espalda, por debajo del hombro derecho. En Abril del propio año, el Dr. Williams le trató una inflamación del pulmón izquierdo, de la cual curó; pero los dolores en el estómago y en el dorso no cesaron, en términos que el enfermo se vió obligado á abandonar en absoluto sus ocupaciones habituales. El 12 de Abril de 1843 sintió un gran malestar, acompañado de aumento de dolor en el estómago, eructos ácidos y sensación de gran debilidad; siguiendo después los síntomas de dificultad respiratoria, gangrena pulmonar y muerte, que sobrevino á los quince días de esta nueva exacerbación del mal.

Al hacer la autopsia, se encontró el hígado bastante voluminoso, á causa de un tumor hidatídico, del tamaño de la cabeza de un niño, contenido en su sustancia, y con un acefalocisto solitario. El quiste era verde, por estar teñido de bilis, y contenía un líquido verde y turbio. En la parte media del lóbulo inferior del pulmón izquierdo se veía otro tumor hidatídico del volumen de un puño, que, lo mismo que el del hígado, contenía un acefalocisto solitario. Ambos lóbulos inferiores del pulmón, sobre todo el derecho, estaban endurecidos, pero bastante frágiles, y, al cortarlos, dejaban salir una materia densa, opaca, de olor fetidísimo, característico de la gangrena.

El Dr. Watts cedió el quiste al Museo del Real Colegio de Londres.

Los tumores hidatídicos del pulmón difieren de los del hígado por el saco, que en los primeros es más delgado. En los cuatro casos referidos de hidátides pulmonares, ocupaban éstas los lóbulos inferiores. Algunas veces, las hidátides de estos órganos, sin duda por la sutileza del saco y la compresibilidad de los pulmones, adquieren un enorme volumen, llenando casi por completo el pecho y produciendo la muerte por sofocación. En ocasiones sólo existen tumores hidatídicos en el lóbulo inferior del pulmón, sin que existan en el hígado ni en ningún otro órgano. En 1851 tuve ocasión de observar un caso de esta especie en el Hospital del Real Colegio de Londres; Andral menciona otros dos (*Clin. Méd.*, II, págs. 407 y 410), y *Cruveilhier* ha reunido algunos más.

De todos estos casos se deduce que los tumores hidatídicos pueden tener su origen tanto en los pulmones como en el hígado, y que cuando — como en los ejemplos citados — ambos órganos contienen al mismo tiempo hidátides, es forzoso admitir, dada la rareza de los tumores hidatídicos en una ú otra viscera, que ambos tumores son afines;